

## RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**HERRERA GUILLÉN, Rafael. *Adiós América, adiós. Antecedentes hispánicos de un mundo poscolonial (1687-1897)*. Madrid: Tecnos, 2017. 288 p. ISBN: 978-84-309-7157-2.**

La obra que analizamos recorre, aunque con tratamiento desigual, el pensamiento de once intelectuales españoles de los siglos XVII al XIX, que desde su experiencia postularon lo que ellos creían era la solución a los problemas del Imperio, a cómo enfrentarse a este cuando desapareció y como conducir las relaciones con las nuevas repúblicas que salieron del mismo. El autor, Rafael Herrera Guillén, experto en filosofía política, estructura la obra en nueve capítulos, a lo largo de los cuales encontramos a todos los pensadores por orden cronológico.

El objetivo del libro es demostrar que sí se sintió la pérdida del Imperio, y que hubo una reflexión permanente sobre las causas de las independencias y sus consecuencias desde el siglo XVII. Aunque la reflexión de la generación del 98 eclipsó a las anteriores, al menos desde el siglo XVII hasta 1897 hubo una gran reflexión sobre el Imperio, terminar con este y el mundo poscolonial.

Al completar la lectura obtenemos una completa visión de diversos criterios y soluciones ante la problemática de las colonias en América a lo largo de estos siglos. Muchos de los autores se engloban en una línea de pensamiento con rasgos próximos a lo poscolonial, aunque el pensamiento poscolonial hispánico es anterior al hecho, y es que la independencia se considera inevitable por causas materiales y morales.

España, se nos recuerda, fue el primer poder colonial global, y en el siglo XIX las potencias coloniales la culparán de la “barbarie”, pero luego actuarán de la misma forma. Lo que las potencias europeas no vieron entonces fue la característica española de la autocrítica, ausente en ellas mismas. Y es que durante la conquista española se dio un gran debate sobre el desfase entre las leyes y las prácticas políticas, mientras que en la anglosajona esto no sucedió. El objetivo de la leyenda negra sobre la conquista española, la cual perdura hasta hoy, fue legitimar la pureza blanca en los nuevos imperios. Y es que estos, según el autor, calmaron su conciencia culpando a España y expulsándola de la Historia de las naciones civilizadas. Con ello se veía España como un territorio bárbaro, y por tanto colonizable.

Ya en los siglos XVII y XVIII diversos pensadores, como el marqués de Varinas o José de Ábalos entre otros, creyeron necesario que España se librase de América por el enorme coste del Imperio, cuya explotación debía realizarse mediante el dominio indirecto, dando autonomía política. Se vaticinó por entonces la pérdida de América debido a la corrupción del sistema, la mala gestión y la poca productividad del mismo. Debía ser abandonado, pues, el dominio político de la mayor parte del Imperio, quedándose España con los principales puertos y liberalizando el comercio

con América en beneficio de todos los reinos hispánicos. América terminaría por independizarse, por lo que lo mejor era que fueran colonias comerciales pero libres políticamente. También se propuso crear una serie de monarquías independientes unidas a España por el vínculo real y una serie de tratados de perpetua amistad; o también sustituir el costoso ejército terrestre por una potente armada marítima como la inglesa. Otro de los problemas eran las colonias del norte, que con su independencia desestabilizarían a las colonias del sur, haciendo que el dominio previsiblemente no durara mucho tiempo más. Con planes como estos se pretendía anticiparse al plan divino de Dios de que el Imperio caería. Todos estos autores eran parte de una minoría de intérpretes políticos que se anticiparon a los hechos.

La nueva Casa de Borbón inició una transformación del modelo imperial; puede decirse que el modelo francés inspirará la política interna y el inglés la de las colonias. En las colonias el mayor peligro era Inglaterra, y para combatirla se imitó su manejo de las colonias. Floridablanca, como primer ministro de gobierno, impulsó una política imperial inspirada en valores comerciales. Al mismo tiempo había que motivar un cambio de mentalidad en la sociedad y un control militar y policial en las colonias americanas. También había que contener el poder de la Iglesia y las tradiciones obsoletas como el hidalguismo. Para transformar la sociedad se formaría un clero ilustrado dependiente de la Corona. Unido a una educación patriótica de los súbditos americanos, una reforma del sistema económico y un ejército y milicia que no permanecerían siempre en el mismo lugar; se evitaría el desapego de los americanos llegado el momento. Había que hacerlos partícipes del beneficio económico para que se implicasen en el sistema, la prosperidad material era, así, el mejor aliado del control imperial.

La Guerra de Independencia y la amenaza francesa respecto a las colonias americanas fueron contempladas de varias formas. Jovellanos vio en las colonias hispanoamericanas la única esperanza de supervivencia de España. Para él en las cortes de Cádiz había que evitar que tras ser declaradas provincias con los mismos derechos que las peninsulares la legítima exigencia de libertad llevase al contagio revolucionario. Las provincias estaban unidas moralmente, pero los debates sobre cómo debía ser la representación de cada una en Cortes las alejaron. Por su parte Blanco White creía que la suerte de la España americana era la misma que la de la España europea. Si no estaban unidas por la hermandad y la igualdad intercontinental de una guerra europea se pasaría a una entre continentes. Para mantener los territorios todos debían tener los mismos derechos jurídicos, políticos y económicos. La igualdad era el único medio para que no se independizasen. Con las independencias América se transformaba en la nueva Europa. Mientras que la vieja Europa dejaba de ser el centro del eje global. Al mismo tiempo creía que el alma de España viviría en América y esta no abandonaría jamás a España. España era más que la península y sobreviviría aún sin ella.

Álvaro Flórez Estrada en su obra *Examen imparcial de las disensiones de la América con la España* intentó seriamente reconciliar América con España desde la igualdad entre ambas orillas hispánicas. En ella defendía que América no era un estorbo para España y combatir las ideas emancipadoras de que unas colonias independientes serían más felices. Y es que los intereses de América eran los mismos que los de España, por eso su teoría económica se sustentaba en la igualdad comercial basada en el justo reconocimiento de sus derechos civiles de

ambas partes. Esta búsqueda de una reconciliación entre España y América no evitaba que considerase una traición filial que América no hubiese ayudado a España durante la Guerra de Independencia. Al mismo tiempo culpaba de las independencias americanas a la Junta Central. España había protegido a América de Europa pero cuando esta se independizó quedó a merced de las potencias europeas.

En José Manuel Vadillo encontramos la Historia de la culpa. Tras las independencias americanas liberales y absolutistas se culparon unos a otros de las mismas. Vadillo sostiene la tesis de que el Imperio cayó por la actuación de los absolutistas. La independencia era algo inevitable, pero había llegado demasiado pronto por culpa de los absolutistas y sus políticas. Sin embargo no veía irreversible este proceso, pero los intentos de reconquistar América habrían fracasado, precisamente, por la manera en que se llevaron a cabo.

Juan Valera, desde su posición de diplomático, realizó la primera interpretación global con perspectivas plurales de todo lo acontecido. La separación política era definitiva y positiva. España debía inaugurar unas nuevas relaciones con Hispanoamérica, en las que el comercio sería la base de la prosperidad y la cultura, el vehículo nuclear. Pero España, tras perder las colonias, vivía de espaldas a América. Ambas orillas debían creer en su valor y prestigio literario pues, al reconocerlo, neutralizarían el colonialismo cultural de otras potencias europeas. Pero las élites hispanoamericanas extendían el desprestigio a lo español, renegando de él. Por ello el objetivo era salvar la unidad cultural hispana fortaleciéndola. En este contexto Valera ve que el problema de búsqueda de una identidad de las jóvenes repúblicas hispanoamericanas al renegar de lo español y una añoranza imperial de la repetición en ellas del éxito estadounidense. Este será el problema de América, y luego de España. Al mismo tiempo cree que Estados Unidos es un potencial mercado cultural de lo hispano.

Ángel Ganivet, también diplomático además de escritor, es el último gran pensador antes de la generación del 98, y con él termina el libro. Cuando toda Europa estaba expandiéndose por África y Asia sugirió que la política del viejo continente debía ser poscolonial. Postula que España no debía aventurarse en nuevas conquistas, sino abrir territorios culturales y comerciales. Veía en la carrera por África la lucha por la legitimación y el prestigio. Pero tras ella se ocultaba la rapiña de Europa, dentro de la civilización estaba la barbarie. Había una continuidad histórica entre el colonialismo conquistador de España y el colonialismo liberal europeo, aunque estas potencias no quisieran verlo, lo que mostraba, en opinión de Ganivet, su hipocresía. En España el colonialismo había surgido por azar, sin embargo los otros países habían ido en busca de él. Todo ello hacía que España al haber sido el primer sistema imperial global, en la segunda mitad del siglo XIX la península viviese una depresión poscolonial en medio de la fiebre colonial europea. El sistema español habría beneficiado a las colonias, sin embargo el europeo las explotaba. Y es que los europeos dominaban por su superioridad técnica y no moral según la valoración del granadino.

Estamos, finalmente, ante una visión de conjunto sobre el debate que se desarrolló históricamente en España sobre el fin del Imperio español antes de que aconteciera efectivamente, es decir, adelantándose a los acontecimientos. Es

interesante identificar y comparar como hace el autor las diversas soluciones ofrecidas, con algunos puntos en común. El mantenimiento del Imperio se estaba sintiendo como un gran gasto para la metrópoli, por lo tanto, debía darse la independencia política y tener un poder económico y cultural y no tanto territorial. Estas nuevas relaciones se marcarían por la igualdad entre ambas orillas del Atlántico. En todos los autores encontramos el fin del Imperio como un hecho que tarde o temprano ocurriría, enmarcándose en una línea de pensamiento, salvando las distancias, con rasgos poscoloniales. Por ello consideramos que estas reflexiones inclinan a recomendar la lectura provechosa de la monografía comentada.

Juan José Suñer Tena  
*Universidad Complutense de Madrid*  
[juanjosunertena@hotmail.com](mailto:juanjosunertena@hotmail.com)